

TE PRESTO MIS BOTAS

De la misma forma que un mar en calma nunca hizo experto a un marinero, un camino llano nunca hará experto a un peregrino, y mucho menos una vida fácil convertirá a un individuo en un auténtico superviviente de esta vida.

Sara, había salido de su zona de confort, no por ganas, si no, a la fuerza. Era de las que había cruzado mares en tempestad, caminos tortuosos y días llenos de tristeza y confusión, incluso recorrió el Camino de Santiago, pero esto la sumió aún más si cabe en un vacío silencioso del que no conseguía salir. Pero dicen que el Camino es mágico y quizá fuera cierto. Pasó el tiempo, incluso años, cuando esa semilla ya sembrada en aquel camino de Santiago empezó a germinar. Sara tuvo que parar, pero parar del todo y de todos. Y sólo así pudo escucharse a ella misma. Cerró los ojos y pudo mirar dentro de sí. Se había acabado el tiempo de pensar y sólo quedaba actuar. Actuar o morir. Y no fue un día en el que empezó a actuar, si no un momento. Un solo momento. Un instante para actuar y todo su mundo se volvió a poner en marcha. Como una vieja fábrica de las que hay abandonadas, donde nadie abre la puerta, así fue ese momento, como si alguien abriera la puerta, empezara a desempolvar la maquinaria y todo empezara a funcionar de nuevo.

De repente, todo lo vivido y aprendido en el Camino de Santiago años atrás cobró vida y sentido, porque el verdadero camino se vive en tu día a día, quizá ese fuera el verdadero sentido, llevarte el camino contigo, es ahí y justo ahí donde aprendes a vivir. De qué serviría si no. Sara había sido años atrás muchas cosas y había querido ser otras muchas más. Nunca se cerraba puertas, a todo se atrevía, todo le gustaba, estudiar, trabajar, siempre estaba entusiasmada con algo, pero como les pasa a la mayoría, van pasando los años y la juventud y los problemas empiezan a pesar y pesar, hasta que el optimismo deja paso al peor de los enemigos, el miedo. El miedo y la ansiedad campaban a sus anchas destrozando y derribando todo lo construido dejándolo todo yermo de esperanza.

Ahora todo había cambiado porque cuando se toman decisiones importantes, aparece de repente esa flecha amarilla que todo peregrino busca. En la vida real esa flecha amarilla no la ves fácilmente, tienes que ser tú mismo esa flecha y seguir adelante. ULTREIA ET SUSEIA! Decirlo es emocionante pero hacerlo lo es aún mucho más.

Muchas cosas se dicen pero no se hacen. Y cuando las cosas se hacen, entonces ya quedan y perduran para siempre. Incluso en el Camino se dicen y hacen cosas muy bonitas e importantes, pero cuando se llega a la vida "normal" y rutinaria pier-

den fuerza, se deshinchán como un globo y mueren en el intento. Pues justo en ese punto y en esa etapa de la vida "real" es donde Sara encontró su flecha.

¿Y si en vez de ser hospitalera en el Camino, pudiera ser hospitalera en su día a día, cerca de su casa y de sus seres queridos? Convertir su modus vivendi en un auténtico Camino.

A todo hospitalero le nace de su interior el arte de cuidar a los peregrinos que pasan por su albergue ofreciéndoles cuidados y aportándoles confort y bienestar. A Sara se le había iluminado la vida, desde algún lugar alguien abrió una puerta y Sara se adentró. El universo puso delante de ella un sendero y ella lo siguió.

Conocéis la frase que dice:

"Trabaja en algo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida"

He ahí el secreto, he ahí la cuestión y la clave.

Todo ocurrió a su debido tiempo y sin forzar nada. Todo iba saliendo como por arte de magia orquestado de forma perfecta, encajando cada pieza de un magnífico puzzle. Quizá todo estaba escrito y así debía ser.

Sara se dejó llevar por el corazón y todos los pasos que fue dando, firmes y conscientes la llevaron a un siguiente nivel.

Teresa estaba medio dormida todavía cuando Sara entró en su habitación silenciosamente.

-Buenos días Teresa, cómo has dormido?

-Bien

Respondió Teresa con dificultad acompañándose de gestos con las manos.

Sara formaba parte del SAD (Servicio de Ayuda a Domicilio) y Teresa era una usuaria con ELA (Esclerosis Lateral Amiotrófica)

Ambas habían formado una bonita relación de amistad a la vez que profesional. Uno de los lemas de este trabajo era "No te encariñes de tus usuarios" pero eso parecía un auténtico fenómeno antinatural. Cómo no ibas a sentir cariño por una persona a la que cuidas diariamente. A la gente parece que le da miedo mostrar cariño, pero quizá lo que le da miedo es encariñarse para luego sufrir por la pérdida o por la despedida. Pero es que al igual que un hospitalero hoy cuida a un peregrino, y mañana ya no lo vuelve a ver, los cuidadores profesionales tienen la plena conciencia de que sus usuarios son personas de paso, pero no por ello menos susceptibles de ser queridas aunque sea por un espacio limitado de tiempo.

A estas alturas de su madurez, Sara tenía clarísimo que iba a cuidar y a querer a aquellas personas de la mejor forma que supiera, con todo el respeto y toda la dig-

nidad del mundo. Porque además de trabajar con las manos también trabajaba con el corazón.

Su profesión consistía en hacer la vida mucho más fácil y a la vez más bonita dentro de las circunstancias de cada persona a la que cuidaba.

Teresa fue diagnosticada de ELA a los sesenta y dos años, siendo una mujer totalmente vital y apasionada de las motos, el verano, el baile, el sol, las amigas y la natación.

Ahora en estos momentos, su vida consistía en despertarse y sentarse en un sofá delante de la televisión después de que Sara la lavara y vistiera cada mañana.

Por las tardes, de forma más distendida, podían practicar un listado de palabras que Teresa repetía una y otra vez para no perder la movilidad total de la boca. Su cuerpo, rígido por la enfermedad, podía con la ayuda de Sara realizar ejercicios suaves que favorecían la movilidad.

En ocasiones y sólo cuando Teresa quería contaba pasajes de su vida pasada. No se quería mirar en ningún espejo. Su rostro había perdido tonificación y su gesto facial estaba distorsionado. Aún así seguía siendo una mujer bella.

Una tarde de verano Teresa vio tatuada una concha en el tobillo de Sara. Con gestos le preguntaba que qué significaba aquella concha. Sara con una sonrisa enorme en la cara le explicó y contó con todo lujo de detalles qué significaba ese tatuaje para ella. Teresa escuchaba expectante aquella maravillosa aventura que era El Camino de Santiago. Sus ojos brillaban de emoción.

Cuando Sara llegó a su casa una idea rondaba su cabeza.

¿Y si consiguiera sacar a Teresa de su habitación?

¿Y si pudiera conseguir que volviera a sonreír, que volviera a ver mundo, que viera la belleza del Camino?

“ Camino sin límites” una película inspiradora, del año 2019, en la que dos hermanos se adentran en la aventura de realizar el Camino de Santiago, yendo uno de ellos en silla de ruedas por su discapacidad física había venido a su mente.

Los días pasaban y juntas se abstraían por un momento de la rutina diaria contando anécdotas, cosas del día a día, se reían y hasta hacían planes.

Supongo que a estas alturas todos pensáis que Sara consiguió llevar a Teresa hasta Santiago, y que delante de la puerta de la catedral y con lágrimas en los ojos se abrazaron por conseguir una experiencia inolvidable, pero no, no fue así. Cuando Sara le propuso aquel viaje, que en su cabeza era totalmente alcanzable, Teresa con una sonrisa de resignación negó y declinó amablemente la proposición.

-¿Estás segura, Teresa? Te gustaría tanto el camino... (Insistía Sara)

Pero se miraron a los ojos y enseguida entendió que esa no era la ilusión de Teresa, más bien estaba pensando en sus propios deseos. Y es entonces cuando aprendió a aceptar la vida, que fluye a su ritmo, que se puede motivar a alguien a hacer cosas distintas, pero que también se puede acompañar a la persona en su andar, en su sentir, en su vivir. Y eso también está bien. Acompañar, esa gran labor. Tan sencillo e importante a la vez.

Los días siguientes fueron un constante interés por ver fotos y vídeos del Camino y Teresa los observaba maravillada. De alguna manera ya lo estaba viviendo y sintiendo.

Era miércoles cuando aún no eran las ocho de la mañana sonó el teléfono. Era la coordinadora.

-Buenos días, Sara. Hoy el servicio de Teresa no lo tienes. Se puso malita ayer y está ingresada ¿de acuerdo? Ya te iré informando.

Un silencio se apoderó de Sara. Bueno, había que seguir con el trabajo de ese día.

A lo largo de la mañana aparecía una preocupación, incluso sensación de pena.

Claro, no debía de haberse encariñado. Ya lo decían.

Ya de tarde sonó otra vez el teléfono. Era la coordinadora de nuevo, decía que Teresa había pedido que fuera a visitarla al hospital.

A Sara se le aceleró el corazón. Realmente quería verla y saber cómo estaba.

Abrió la puerta y ahí estaba Teresa. Parecía aún más delgadita de lo que la recordaba.

-¿Cómo te encuentras, Teresa?

-No muy bien, Sara, me siento muy cansada. Te he llamado porque quería pedirte un favor. Desearía que llevaras a mi nieta Diana contigo, al Camino de Santiago. Llévala. Ella que ha sido mi cuidadora familiar, cuidadora incansable desde muy jovencita, merece ver toda esa maravilla de paisajes y vivir esa experiencia por mi. Le debo toda la libertad que le arrebaté desde que tuve la enfermedad. Se que ahora que yo ya no estaré ella llenará ese hueco con vivencias llenas de aventuras. Y tú, que has sido nuestro bastón de apoyo, nuestra brisa de aire fresco la puedes ayudar a realizar ese maravilloso camino por mí.

Con el corazón en un puño pero manteniendo el tipo con toda la fortaleza de la que era capaz de aguantar, Sara asintió con la cabeza, sin poder hablar y le dio un abrazo lleno de amor infinito.

Aquél día supo que el trabajo estaba cumplido y además bien hecho, y siguió ade-

lante demostrando al mundo que el cariño y la profesionalidad no están reñidos.

-Diana ¿estás cansada? ¿quieres que paremos un poco?

-No, Sara, estamos ya llegando. Estoy deseando entrar en esa plaza.

Habían caminado cientos de kilómetros juntas, compartiendo miles de momentos y ahora estaban a punto de llegar a la Plaza del Obradoiro. Abrieron ambas credenciales, estaban llenas de sellos, tan especiales, únicos y bonitos todos. Parecía que habían empezado aquél camino hacía una eternidad, y ahora les parecía que había sido fugaz. Que extraño todo. Que sensaciones tan encontradas de alegría y tristeza a la vez. Vacío y plenitud. Todo a la vez.

Una gaita sonaba, la piel de gallina, la lágrima que brotaba, el corazón que se agitaba y avanzando con las piernas temblorosas pero con paso firme allí entraron como una puerta que se abre en el cielo y al girar la vista hacia la izquierda la imponente fachada de la catedral que parecía alargarse hasta el cielo las recibió junto con el calor de muchos más peregrinos que llegaban a la vez.

Se miraron las dos y con voz entrecortada dijo Diana:

-Lo conseguimos.

-Sí, lo conseguimos, las tres juntas. Apuntó Sara.

-Las cuatro juntas. Rectificó Diana.

-¿Cómo, las cuatro? Se extrañó Sara.

Diana con una voz triste pero serena dijo:

-Yo tenía una hermana pequeña, pero con cinco años murió de cáncer. Ella también ha estado con nosotras caminando cada paso, y ella me da la fuerza para seguir día a día.

Tan impactada quedó Sara que no sabía qué responder. Nunca Teresa le dijo nada, aunque sí recordó que muchas veces no quería que abriera nunca un cajón concreto de su armario. Era allí donde guardaba los dibujos, fotos y recuerdos de su pequeña nieta, que ahora ya volvían a estar juntas.

Cuando ambas recogieron sus respectivas compostelanas, Diana, con una enorme sonrisa llena de esperanza y felicidad le dijo a Sara:

-Gracias por todo, gracias por tanto. Más allá de tu deber has llenado nuestras vidas de luz y eso ha sido una gran suerte.

A lo que Sara respondió:

-La suerte es mía por dejar que os acompañara.

Porque como dice Antonio Machado "Caminante, son tus huellas el camino y nada más; Caminante no hay camino, se hace camino al andar"